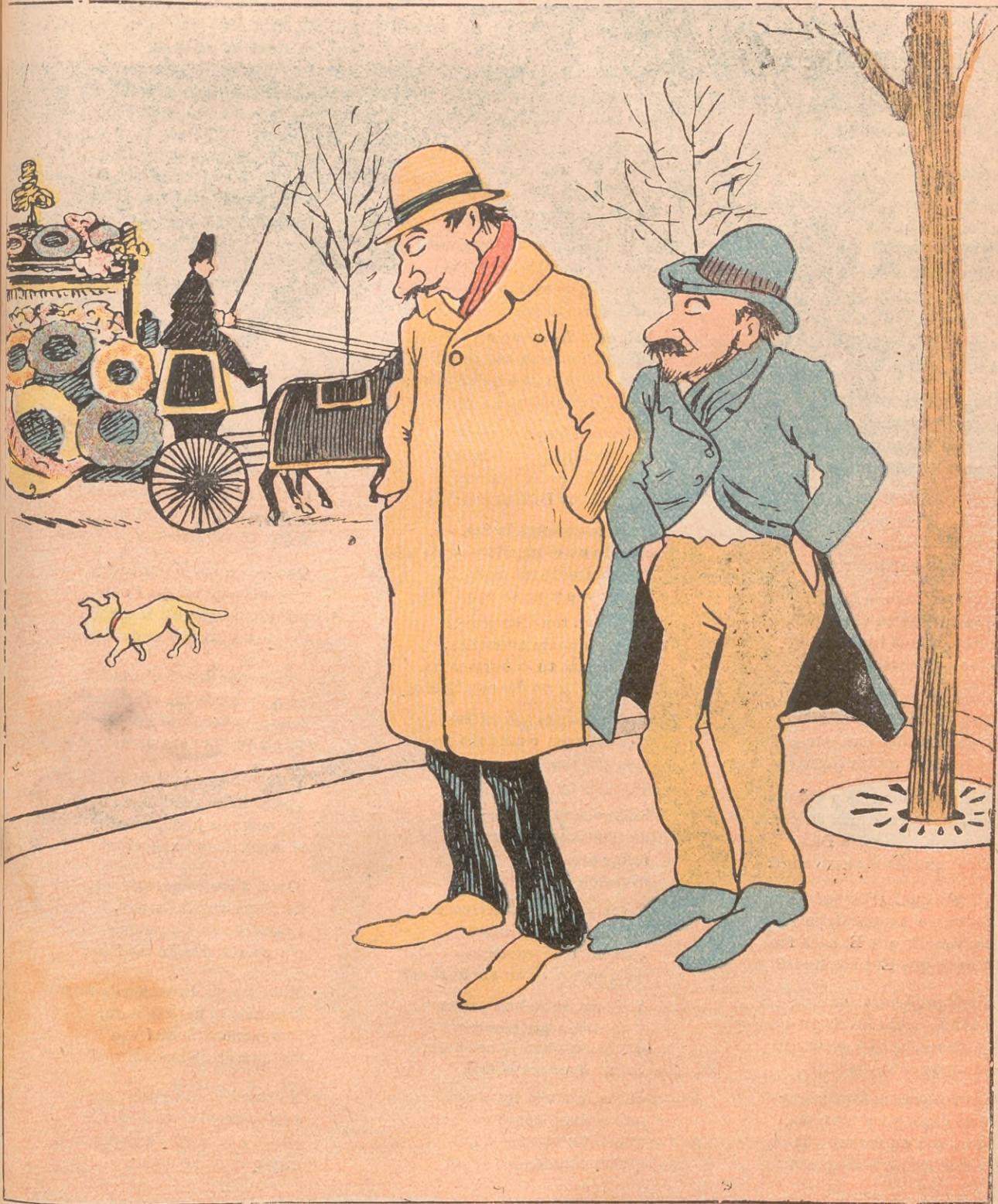


MAMARRACHOS

Administración: Plaza de Tetuán, 26.-BARCELONA



—¡Qué magnífico entierro!... ¡Hasta le tengo envidia!
—¿Al muerto?
—No, al heredero.



• • • • • DE TODO UN POCO • • • • •

A UN PARTIDARIO DE LAS FEAS

Que te hubieras propasado
á defender á las feas,
sí, en un apuro, deseas
verte por ellas amado.

Bien; pues tengo por seguro
que yerra quien contradice
lo del proverbio que dice
que á buen hambre no hay pan duro.

Más eso de que en chiquitas
no te andes, y en tu despecho
ataques, como lo has hecho,
á las mujeres bonitas...

¡Hijas de mi corazón!
no seré yo tan cobarde
que, al ver lo que pasa, guarde
silencio en esta ocasión.

¡No! Contra tí y contra todos,
en pro de la buena causa,
combatir quiero sin pausa
y hablar hasta por los codos.

Pues, oyendo la herejía
que sueltas en tono rudo,
estoy, que si fuera mudo...
creo que reventaría.

Escúchame, buen Ali,
que ya de cólera estallo,
y no extrañes que este gallo
te cante el quiquiriquí.

Del vicio horrible y nefando
presumes que corro en pos:
dices que me mira Dios;
dices que me está mirando.

¿Y por qué? ¿Por qué le rindo
culto, pues amar deseo,
no aquello que Él hace feo,
sino lo que Él hace lindo?

Pues ¿qué hará contigo, Ali,
cuando echar un trago quieras,
y, de estragado, prefieres
el vinagre al chacolí?

No rechazo el testimonio;
más digo, para internos,
que, si á mí me mira Dios,
á tí te tienta el demonio.

Por lo demás, si propicio
me ves hacia la belleza,
diré con noble entereza
que esto es virtud y no vicio.

Es vicio el pan de centeno
tomar por fino regalo;
es vicio buscar lo malo
donde no falta lo bueno.

Y es vicio, por consiguiente,
que á su tiempo purgarás
ese, del que entrando vas
en la funesta pendiente.
Así, caro Ali, respiro;
que si Dios mira con ira,
mira que á tí es á quien mira;
mira que hasta yo te miro.

Y declaro, eso es aparte,
cumpliendo con mi deber,
que no he podido saber
lo que hace Dios al mirarte.

Pero, pues amas lo feo,
cuando en el mundo hay de todo,
yo te miro de tal modo...
que te veo y no te veo.

Dices con tono arrogante,
y de eso nadie murmura,
que buscas tú la hermosura
del alma, y no del semblante.

Y yo contesto con calma
que ante esa virtud me postro;
más ¿no sabes tú que el rostro
es el espejo del alma?

Sales con la cantinela
de que la belleza un día
faltar puede, por la impia
invasión de la viruela.

Cosas ya bien demostradas;
más di, pobre penitente,
¿son las feas solamente
las que hoy están vacunadas?

Y en fin, si no hay panacea,
y en una peste horrorosa
queda anulada la hermosa,
¿cómo quedará la fea?

Dices, y viven los cielos
que el argumento me irrita,
que el que quiere á una bonita
quiere conocer los celos.

¿Y qué? ¿No será mejor
estar de celos rabiando
aparte, Ali, que envidiando
las dulzuras del amor?

Dices ¡insigne torpeza!
que en la gracia no hay falacia,
mas ¿no es la belleza gracia?
ó ¿no hay gracia en la belleza?

Confiesa puesto de hinojos,
Ali, que andas errabundo,
por lo cual te mira el mundo,
y no con muy buenos ojos.

Aunque con razón te arguyo,
no pretendo el desvarío
de que por el gusto mio
vayas á cambiar el tuyo.

Pues, si las feas deshecho
te tienen con sus querellas,
anda, quédate con ellas
y que te hagan buen provecho.

Que yo en las bellas repito
que mis esperanzas fundo,
por eso de que en el mundo
de gustos no hay nada escrito.

¡Ojalá que llegue el día
en que, ansiando raro premio,
todo el masculino gremio
caiga en tan rara manía.

Y que en esa confusión
que al buen sentido acongoja,
yo, como es justo, recoja
el lauro de la excepción!

¡Ojalá á los hombres veas,
del amor en las etapas,
apartarse de las guapas
por correr tras de las feas.

Mientras yo de vuestras cuitas
renuncio el fiero tributo,
y el monopolio disfruto
del querer de las bonitas!

No cambiéis de gusto, no;
siga cada cual su intento,
que si hay algún descontento,
juro que no he de ser yo.

SIC VOS, NON VOBIS Ó EL ELOCUENTE MARQUÉS

La verdad era que, aquella noche, la condesa, estaba más hermosa que nunca.

No es que se hubiese adornado con especial esmero, nada de eso.

En este punto no había la menor variación, el cambio más insignificante.

Se entiende, desde que, hacia poco más de dos años, y no mucho después de haber cumplido los veintitrés, se había quedado viuda, al cabo de diez y ocho meses de tormentoso matrimonio.

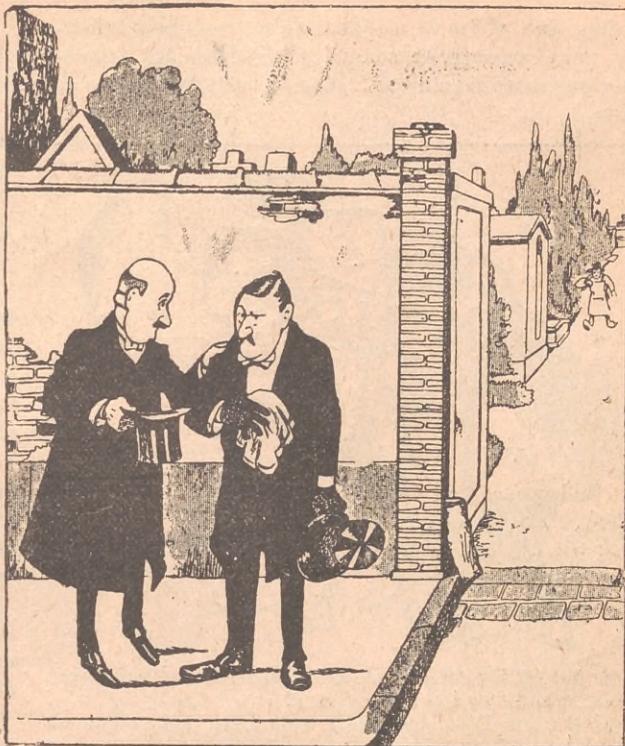
¡Tormentoso, sí, pues, á penas pasada la luna de miel, nublóse el firmamento de la dicha de Luisa, y ya no volvió á verlo sereno, hasta su temprana viudez.

Esta, lejos de ser una desgracia, para la joven, libróla de la ruina y de un esposo no de muchos más abriles que ella, pero tan gastado por prematuros vicios que resultaba, en realidad, sexagenario.

Y como «pies que están hechos á andar, cuestan mucho de parar», el tal esposo no había renunciado, al serlo, á ninguna de sus licenciosas costumbres.

A ellas debió su muerte y, Luisa, al quedar nuevamente libre, aleccionada por su corto y doloroso ensayo de vida matrimonial, juróse que, si reincidía, haríalo en condiciones muy distintas de aquellas que habían estado á punto de hacerla infeliz para toda su vida.

En consecuencia, pasado el tiempo reglamentario del luto, abrió de nuevo sus salones, lanzóse otra vez, á la



LA SEÑORA VERDE OLIVA HA FALLECIDO

—¡Vamos mi querido Verde Oliva! Te consolarás y volverás otro día á casarte.

—¡Qué remedio me queda! Tengo aun un centenar de tarjetas en nombre del Señor y de la Señora Verde Oliva y es lástima que se pierdan.



SIEMPRE IGUAL

—Pero, hombre, ¿por qué no pagas á tus acreedores?

—Porque quiero demostrarles que la fortuna no me ha cambiado y que siempre soy lo mismo.

vida social, coqueteó moderadamente; más no demostró preferencia por ningún hombre, ni se dió prisa alguna á entablar relaciones que, por segunda vez, pudieran conducirla al altar.

* * *

—¡No!—decía, con la mejor buena fe, á una amiga suya, que la hablaba de la posibilidad de que no tardase en contraer otro enlace.—¡No seré yo quien diga que no me volveré á casar! ¡Soy demasiado joven para renunciar á las dulzuras del amor!... Pero si te aseguro que procuraré tomar toda clase de precauciones y que no me sucederá lo que la vez pasada... ¡Me casaré, porque ese es el destino de una mujer casada que no tiene vocación de monja ¡pero sabré cómo y con quién lo hago!

Estas palabras, indiscretamente repetidas por la amiga en cuestión, la belleza incomparable de Luisa, su antiguo título nobiliario y su fortuna, bastaron para que, en torno suyo, acudiese una nube de pretendientes, como un enjambre de moscas, acude «á un panal de rica miel».

¡Y qué rica que era la miel aquella!

Pero Luisa se hallaba resuelta á cumplir sus propósitos.

Recibía con afabilidad sonriente, todos los homenajes, agradecía las lisonjas y los homenajes; más no se decidía.

Al verse apremiada á dar respuesta á las declaraciones, exclamaba:

—¡Ah! ¡Eso del matrimonio es una cosa muy seria y merece pensarse mucho!... Por ahora, estoy bien así.

No digo que, el día de mañana, no me incline á reincidir y, para entonces, acaso tendré presentes las aspiraciones que usted manifiesta... si no ha variado de modo de pensar.



—¡Señor, el Emperador de las Batuecas de incógnito! Todo el mundo va á conocer á S. M.
—¡Calle, por Dios, he vuelto sólo para ir á comer al Paralelo!

¡Y no había quien la sacara de ahí!
¡Nada podía alterar aquella firme resolución, con tan justos motivos tomada!
Y entretanto, cuanto más tiempo pasaba, más aumentaban, así los atractivos de la joven como el número de los aspirantes á su mano.

* * *

Entre los susodichos aspirantes había uno, el marqués de P., hombre de treinta años, buen mozo, de excelente salud, de rostro que habría sido completamente simpático de no tener una expresión algo y aún algunos vanidosos como de hombre pagado de sí mismo y que se juzga irresistible.

El marqués de P. acostumbrado á conquistas fáciles, no podía avenirse á la idea de que, Luisa, se resistiese á sus pretensiones, y la había puesto un sitio en regla, al convencerse de que no era plaza de las que se pueden tomar por sorpresa.

¡Pero, pese á sus habilidades tácticas y estratégicas, la plaza resistía de modo que, á los seis meses de asedio, estaba, nuestro hombre, tan adelantado como el primer día!

No digamos que se hallase apasionado de la condesa, pues, por lo general, los hombres vanidosos solo á sí

NUEVOS IMPUESTOS



Imponer nuevas contribuciones de modo que los contribuyentes estén contentos, es lo más fácil. ¡Póngase una contribución á las personas que presumen tener talento y verán ustedes que ingreso para el Tesoro!



■ Sin pedir la fe de pila, exijase [que [toda mujer] mayor de treinta años, pague 25 pesetas anuales. Miles de mujeres acudirán á satisfacer el nuevo tributo.



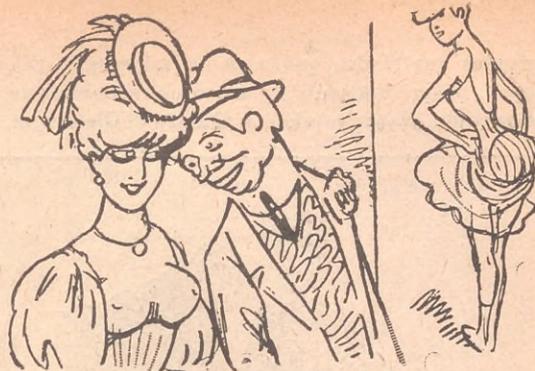
¡Y la belleza! Hé aquí lo que debe pagar. Se pasmará el Ministro de Hacienda que en la Nación no haya feos ante el Fisco.



Paguen también los que sufren enfermedades de moda, neurastenia, apendicitis, etc.



Que las señoras pueden exhibir su sombrero en el teatro y recibo al canto.



Autoricense ciertos escotes en varios sitios. ¡Qué fuente para la Hacienda Pública!



Y, por fin, dispéñese de la contribución sólo á los impotentes y verán cuantos ciudadanos viriles tiene el país.

mismos adoran; pero tenía su amor propio interesado en conseguir un triunfo que tan difícil se presentaba y, como en rigor, no era tonto, apretaba de firme y, cual dice el vulgo, no dejaba la ida por la venida.

* * *

Cierta noche, los salones de la condesa estaban radiantes de luz y rebosando de selecta concurrencia.

Era el cumpleaños de Luisa y, ésta, los celebraba con una reunión tan espléndida como puede darlas una persona de buen gusto y mejor fortuna.

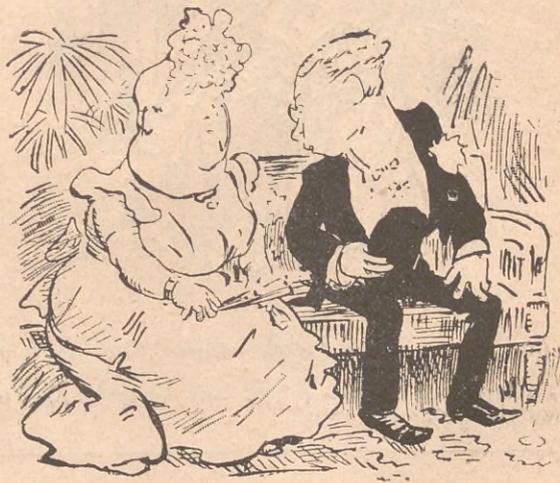
La joven, más bella que nunca, si esto era posible, hacía los honores de la casa, en unión de unos tíos suyos, de respetable edad, é iba de una parte á otra, prodigando atenciones y sonrisas.

Cuando, pasada la primera hora, ya no hubo que esperar la llegada de nuevos invitados y, Luisa, pudo disfrutar relativo descanso, acercósele el marqués... y volvió á su eterna canción.

—¡Ah! ¡Condesa,—dijo, después de felicitarla por su cumpleaños,—la reunión está brillante, casi digna de usted; pero, si yo estuviese en el caso de la hada de estos salones, el espectáculo que ofrecen me causaría tristeza!

—¡Tristeza!—exclamó Luisa, sorprendida ó aparentando estarlo.—¿Le parece á usted triste el espectáculo que ofrece una multitud de buenos amigos que vienen á felicitarme, á prodigarme atenciones que yo no merezco? A mí, por lo contrario, me llena de alegría el ver que, el tiempo pasa sin que se enfrie el afecto que me profesan mis leales amigos y mis buenos amigos.

—Es cierto; pero, como ha dicho usted muy bien, el tiempo pasa... y pasa sin amor, condesa,—dijo, con insinuante acento, el marqués.—El tiempo pasa y, usted, joven aún, bella, adorada; usted que podría, es más, que debería hacer la dicha de un hombre, pues sobradas condiciones tiene para ello, usted, digo, se ve obligada á valerse de personas, hasta cierto punto, extrañas, para que la ayuden á atender á todos cuantos aquí hemos venido á rendir justo tributo á la virtud, á la hermosura y á las



—Usted que sabe tanto, ¿quién era ese Federico Soler y su teatro del cual todo el mundo habla?

grandes cualidades que, á usted, adornan!... ¡El tiempo pasa... pasará más aún... y usted no recuerda que «tiempo perdido, jamás volvió!...» ¡Quiera el Cielo, que, cuan-

la preciosa flor que guarda usted en el pecho, se abra y esparza por doquiera su sin igual, su embriagador perfume.



—Es un vaso etrusco. ¡Tiene al menos dos mil años!
—¡Dos mil años! Esto da una pobre idea de los vasos del día.

do recuerde usted tan exacta máxima, no sea ya tarde!... ¿Por qué se ha de empeñar usted en hacer desgraciados á los que, por lo porvenir de tan excelsa dama, se interesan?... ¿Por qué, supuesto que otra cosa no es posible, no ha de hacer usted, dichoso á uno, otorgándole los tesoros de amor, de ternura, que guarda en su pecho, improductivos como los tesoros de un avaro?... ¡El amor, condesa, es media vida, si no es la vida entera!... ¡Vivir sin amor, es solo vegetar... y eso resulta un anacronismo, un verdadero crimen, un crimen doble, pues constituye, á la vez, homicidio y suicidio!... ¡No sea usted cruel con



Juan Lanás.—¡Qué hermoso pájaro! ¡Qué lindas plumas!

La mujer de Lanás.—¡Sí, es muy hermoso! ¡Qué bien vendría para mi sombrero!

los demás y consigo misma!... Piénselo bien, medite en lo que le digo y se convencerá de que ya es hora de dejar derretir la nieve que cubre ese corazón, de dejar que,

* * *

El Marqués estuvo hablando todavía algunos minutos. Mostróse persuasivo, elocuente y tuvo notas tiernas y frases felices; en una palabra, se excedió á sí mismo.

La condesa le escuchó con interés y, en algunos momentos, mostró una emoción que, en vano trataba de ocultar.

Cuando su interlocutor calló, Luisa dijo, con acento conmovido:

—¡Sí!... ¡Sí!... En cuanto me ha dicho usted hay gran parte de verdad... Pensaré seriamente en ello.



LA VIDA

El carbonero.—¡Pensar que la rubia me gusta más y tengo que apechugar con la morena! En nuestro oficio, una rubia es imposible.

—¿Y me dará usted á conocer el resultado de sus meditaciones?—preguntó el Marqués, disimulando, á su vez, la satisfacción que experimentaba.

—¡Sin duda!—repuso ella.

—¿Cuándo?

—¡Pasado mañana!

Momentos más tarde, el Marqués se separaba de Luisa, pensando:

—¡Ya es mía!... Pero ¡cuidado si me ha costado!... ¡No pensé nunca que se resistiera tanto!

* * *

Los días después, la condesa cumplió su ofrecimiento, enviando, al Marqués, la siguiente esquela:

«Mi distinguido amigo:

»El panegirico que, la otra noche, hizo usted, con su habitual elocuencia, me ha convencido.

»Tiene usted razón: la vida sin amor es muy poca cosa y como una mujer honrada no puede disfrutar de las dulzuras amorosas sino mediante el matrimonio, he resuelto contraer segundas nupcias... con don Antonio de Haro, á quien usted conoce y que, con anterioridad á usted, tenía solicitada mi mano.

»Dándole las gracias por sus leales consejos, me repito, etc.»

¿Verdad, lectores, que, los versos del poeta latino, vienen, al caso, como anillo al dedo?

P. F.

La gente quiso asegurar sus males;
Y llamando á un poeta
Le hizo copiar en verso esta receta:

Récipe

De palabras con alibiar
Treinta gramos (purgadas bien de acibar);
Cantidad suficiente
De cariño ferviente:
Todo envuelto en un beso
Propinado de amor en el acceso.
Y que el agonizante
De labios tomará del recetante.
(Se expenden en ciertas bocas de solteros,
Farmacia de Afrodita)

Doctor Eros
B. M. H.

LA NUEVA FÓRMULA

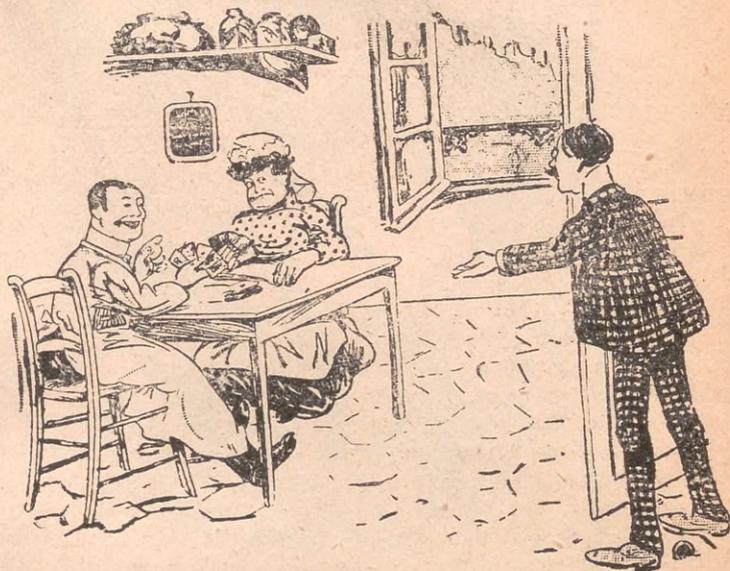
A pesar del saber y la experiencia
De una y otra eminencia
Que pensaban y hacían de su parte
Todo cuanto es posible en Ciencia y Arte,
La adorada Lucia.
Sin remedio, lectores, se moría;
Y aunque convicto y fijo,
Junto a su cabecera,
Con infulas de tal un sabio dijo
Que «era aquello *neurcsis* pasajera»
La niña entre recetas y doctores
Moriase ¿y de qué? Quizás de amores.

**

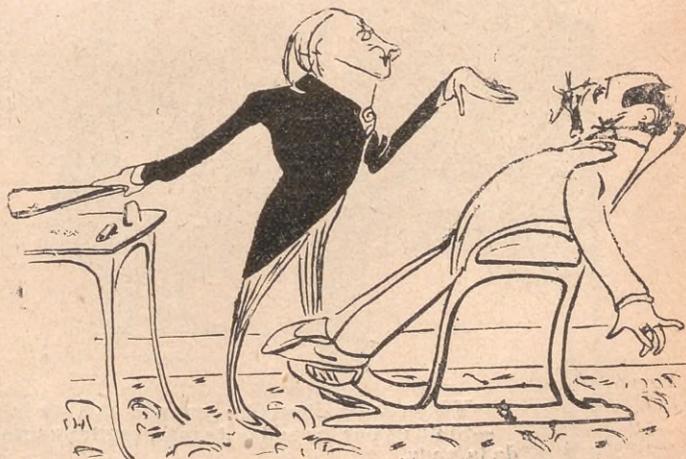
Y estando en este duelo
Y en esta indecisión y esta agonía,
Una vieja que había
Pidiendo inspiración, mirado al cielo,
Lanzó sin conveniencia que la aturda
Esta idea fanática ó absurda:
«No podríamos, dice,
Pues que está ya perdida la infelice,
Llamar por hacer algo y á rebato
A ese médico joven y novato
Que á este pueblo y quizás por el Destino
Hace poco que vino »
¡Dios mio que ocurrencia!
¡Qué insulto á aquella sabia concurrencia!
Si el tal según las trazas
Trataba al por mayor en calabazas;
Si... ¡por piedad! Si era...
(Lo adivina cualquiera)
Un buen mozo, muy guapo... muy moreno,
Todo cuanto querais meros galeno.
«...Pero ¡cielos! y si... ¡gran Dios! quien sabe?
En presencia quizás de un mal tan grave,
El acaso tal vez, tal vez la suerte...»
¡Qué no se intentará junto á la muerte!

**

Llamóse al principiante,
Y él vino. ¿Y la curó? Casi al instante.
El curaba de gracia
Con remedios ignotos en farmacia:
Una palabra ó dos junto al oído
Y al mundo del saber dejó corrido.
Y al ver como por arte del demonio
Borrar tan lindamente llanto y penas,
Convertir el ciprés en azucenas,
Y trocar el entierro en matrimonio,
Para casos iguales



—Juan: ¿qué hace usted aquí?
—Estoy jugando al tute, señor.
—Me habia dicho usted que estaba plumando un pollo.
—Cierto, señor, he ganado á la camarera más de ocho reales.



UN SUJETO QUE HA DADO DE BRUCES EN UNA VENTANA

—No se mueva usted, le voy á sacar los cristales de la nariz...



—Comprendo que se queje usted, porque un vino de mala calidad, lo soporta difícilmente el estómago.



—Y bien señor diputado: ¿cuándo va a ser la revolución social?
—Si no es por los baños de mar, seguramente será por la época de la veda.



DESPRECIO

—Yo dejo a cada uno que conduzca como le parezca, y no me ocupo nunca de lo que hacen después.



—¿Porqué los poetas llevan los cabellos tan largos?
—Seguramente será porque así les tapan las orejas, y se duermen cuando recitan sus poesías.



Mr. Kataeruk hace su primer viaje por mar. El barco choca con un escollo y empieza a hundirse. Así antes de morir, quiere hacer un buen negocio, y llama a su amigo Vargas y le dice:
—Tú ya sabes que ayer quería venderte mi reloj, por veinte duros, dame diez al contado y es tuyo.



—¡Pero qué! ¿Me traes un perro que acabas de comprar? ¿Crees que no hay acaso bastantes animales aquí?

LA NOCHE DE PIÑATA

I

Abelardo y Eloísa se amaban entrañablemente.

Esto parece que sea cosa muy antigua y que todo el mundo sabe, pero para convencerles á ustedes de lo contrario diré que no vivían en París ni en la Edad Media sino en la plazuela de Antón Martín y en pleno siglo xx.

El era barbero, algo tímido con las mujeres y demasiado listo con los parroquianos á quienes hacia la barba... muchas veces *en seco*, según frase popular.

Ella era una joven pálida á fuerza de beber vinagre, y tan exageradamente romántica á consecuencia de su nombre, que á pesar de ser hija de un antiguo empleado de Hacienda y nieta de un guardia de corps, se había puesto en relaciones con el rapista sólo porque se llamaba Abelardo.

Lo que ella ignoraba y lo que de seguro hubiese cambiado mucho su corazón, era que Abelardo se llamaba de apodo *Mantequillas* nombre nada poético que el rapabarbas ocultaba cuidadosamente á su novia por temor á un cataclismo.

Habían pasado ya los tres días de Carnaval y el día de ceniza en que la iglesia recuerda al hombre que es de polvo, cosa que lo suelen demostrar los harineros á primera vista, y que en polvo se ha de volver ó lo han de hacer polvo si tiene la desgracia de tropezar con algún suegro acalorado de caballería ó cosa así.

Había, pues, empezado la Cuaresma, esa época del escabeche y del bacalao á la vizcaina, nunca bastante alabada por los sacerdotes ni bastantes llorada por los estómagos. No quedaba más baile de máscaras que la Piñata, último eco de las carcajadas de Momo y despedida triste de las Carnestolendas.

Eloísa leía junto su balcón el *Werther*, librito de Goethe



—¿La jornada de ocho horas, marquesa? Es una invención de los relojeros para fabricar nuevos relojes.

que han leído todos los amantes cursis y que han jurado imitar en todo, excepto en lo del pistoletazo final que es cosa ya de pensarlo un poquito.

De pronto vuelve la esquina un hombre embozado en una capa de vueltas azules y se detiene bajo del balcón. Tiene este joven (si hay que creer á Eloísa) todo el aspecto de un caballero antiguo; la capa forma un ángulo de veinticinco grados por detrás de él.

—¿Llevará espada?—se pregunta Eloísa llena de emoción.

Pero no, era el paraguas, porque el tiempo estaba algo lluvioso y Abelardo temía mancharse el sombrero.

—¡Sube!—murmuró Eloísa indicando con su manita blanca por los polvos de arroz, la escalerilla de su casa.

Abelardo subió los tres tramos lentamente y se detuvo junto á su amante.

Ella extendió la mano sobre el pecho de su galán y tocó un cuerpo duro que produjo un ruido metálico.

—¿Oh, Abelardo mío, me habrás dado gusto por fin?—exclamó llena de alegría.—¿Es esto la coraza?

—No, ensueño mío, es una bacía que llevo á componer.

—Te he hecho subir porque esta noche voy á la Piñata, y quisiera que fueses tú también.

—No faltaré, Eloísa mía, te lo juro sobre este pomo,—dijo el barbero arrebatadamente sacando algo del bolsillo.

—¿De qué es, de cicuta?

—No, vida mía, de pomada de Opoponax.

—Bien, iré sola ¿sabes? es decir, sin mamá. Vendrán las de López á buscarme, ellas van disfrazadas de *Madamas Angotes*, pero yo iré de Ofelia.

—¿Y qué disfraz es ese?

—Uno de mi invento; una túnica aérea, vaporosa...

—Oye, no sea demasiado vaporosa y se vea algo...

—No; ten la seguridad y ahora... Adiós.

—Hasta la noche.

Abelardo besó la mano empolvada de su adorada Eloísa y se fué relamiéndose los polvos de arroz á componer su bacía en casa de un hojalatero.

II

Hace una hora que ha comenzado el baile.

Cada señora ha sido obsequiada á la puerta con un cartucho de confites en los que entran como principales ingredientes el yeso y la harina, y su *bouquet* de flores cordiales según el color.

Eloísa vestida con una bata de muselina del sol, con cinturón de terciopelo negro lleno de mataduras, va colgada del brazo de Abelardo, el cual lleva chaquet y sombrero de copa de ala estrecha semejante al que saca *el bolero aflighto* en cierta conocida zarzuela.

Llega una máscara.

—Adiós *Mantequillas*, ¿cómo estás? ¿Es esta tu novia?

—¡Qué mala educación!—prorrumpie abroncado el barbero apretando el paso.

—Oye, idolo mío, ¿por qué te ha llamado con semejante epíteto esa deslenguada?

—No sé... pero esas bromas...

—Serénate y no seas temerario, conozco ya tú acrisolado valor, sé que has derramado mucha sangre...

—¡Ya lo creo, —dice la mascarita de marras— como que desuella vivos á los parroquianos con el verdugillo.

—¡Habrás visto! ¡Qué poca crianza!

—¡Mantequillas, Mantequillas!— dicen siete ú ocho jóvenes todas disfrazadas de Mascota.

—¡Jesús que horror! ¿Pero como consentes que te digan eso?

—No sé; sin duda se han dado de ojo...

—¡Ay, yo me siento mala, me va á dar algo, si pudiese respirar alguna esencia!...

Y Eloísa cae en un diván. Abelardo le aplica bajo la nariz una barra de cosmético que es lo único que lleva encima.

Ella vuelve en sí y recobra los sentidos para exclamar:

—¡Tengo apetito, después de un desmayo siempre se me abren las ganas de comer!

El barbero que no llevaba encima más que ocho perros para tomar café, hace comer á Eloísa los dulces del cartucho, exponiéndola á criar una cantera en el estómago.

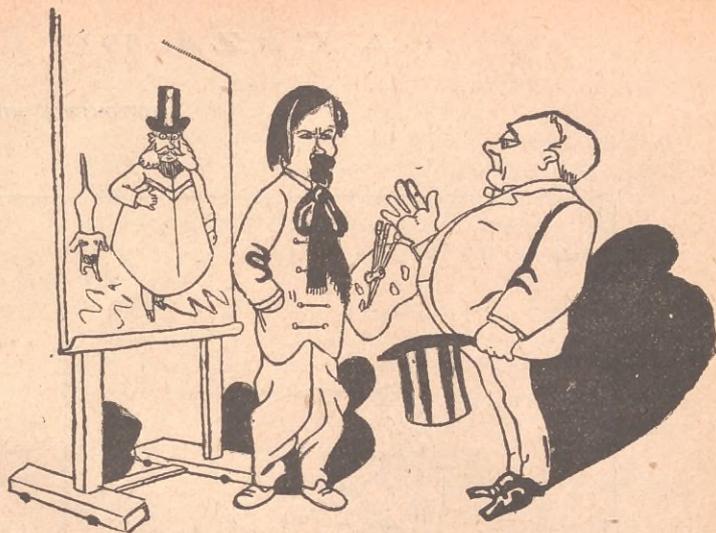
—Quisiera agua.

—Vamos en seguida. (Sacrificaré diez céntimos).

Y llegan al café. Eloísa pide agua con azucarillo y dice después de hacer varios buches, pues no quiere tragar líquido tan prosaico.

—¿Por qué te llamarán todos Mantequillas? ¡Oh si estuviera yo segura de que tienes ese nombre!...

—No, ángel mio, sin duda es una broma de Carnaval. Ningún hombre que me aprecie, formal y discreto, es capaz de repetir ese odioso apodo de Máscaras. ¡Si tú supieras lo que me distinguen en la barbería por mi hon-



—Ve usted, acabo de concluir el retrato de un amigo de usted. ¿Cómo lo encuentra?

—Como un elefante espantado.

radez y noble prosapia, no tendrías esa duda que me tortura el corazón! ¿Me amas?

—¡Oh, te adoro!

—Y yo te te...

—Mantequillas,—dice en este momento el maestro de Abelardo llegando á gran velocidad,—¡Mantequillas, date prisa, déjalo todo que te llama la sangre!...

—¡Oh, Abelardo... tu maestro también! ¿Pero vas á la guerra?

—No, señora, es que ha de aplicar media docena de sanguijuelas en la rabadilla á don Olegario.

Eloísa cayó desmayada.

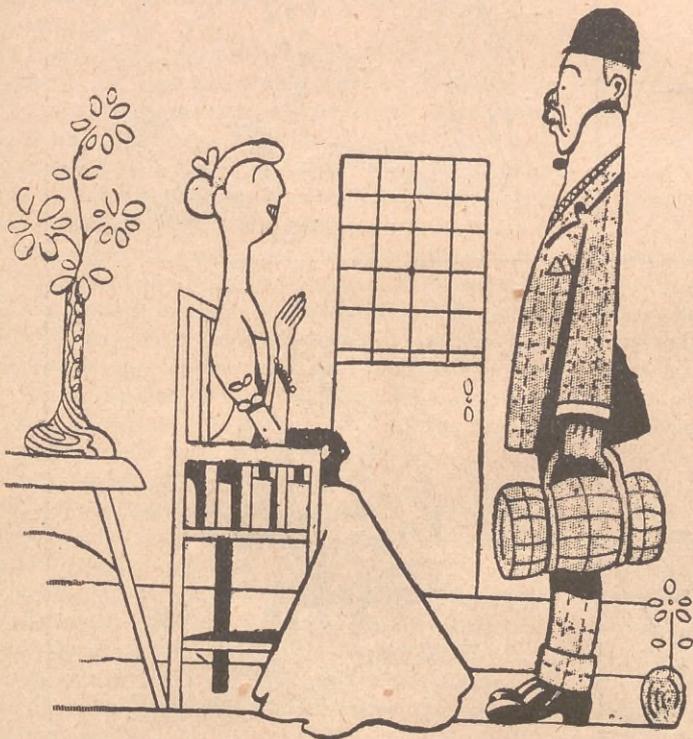
Abelardo echó á correr.

Amanecía.

Cuando la joven volvió en sí juró olvidar á Abelardo para siempre.

En cuanto al galán todos los años el día de Piñata se mete en cama y no sale de ella hasta la noche del do mingo.

J. M. DE LA T.



—Vaya, Juan, nunca ha tenido usted un aspecto tan inglés como ahora.

—Es natural, milady... ¡me viste ahora un sastre de Zaragoza!

Con ropa usada vestía al cochero un personaje, y cuentan que le decía:

—Si te casas, aquel día quiero que estrenes un traje

Al poco tiempo murió este honrado caballero, de repente, y no testó; ha poco casó el cochero, y el pobre... nada estrenó.

En el tribunal:

Un juez de instrucción interroga á una señora que, á pesar de su respetable edad, pretende ser joven todavía:

—Señora, ¿qué edad tiene usted?

—Treinta años, señor juez.

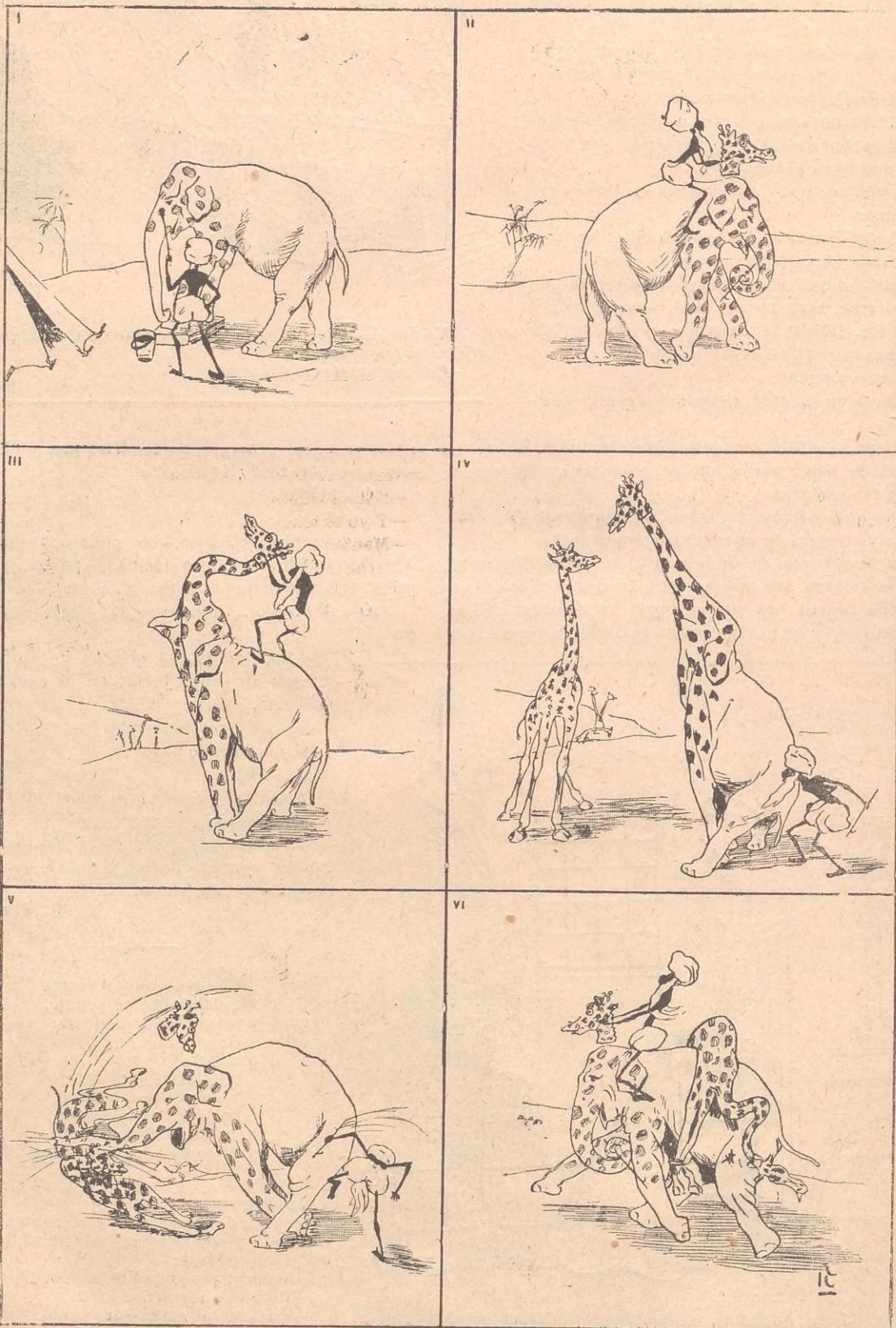
—Pues no los representa usted.

—El [señor juez es] muy amable—dice la señora, con coquetería.

—No, señora; representa usted muchos más.

LA CAZA DE LA JIRAFAS

(HISTORIETA MUDA)



CARMEN

POR

PROSPERO MERIMEE

(CONTINUACIÓN)

»Carmen nada decía: rechinaba los dientes y movía los ojos como un camaleón.

»—¿Qué es eso?—pregunté.

»No me costó poco trabajo saber lo que había pasado, porque todas las operarias me hablaban á la vez. Parece que la mujer herida habíase jactado de llevar bastante dinero en el bolsillo para mercar un burro en la feria de Triana.

»—¡Toma!—dijo Carmen, que era suelta de lengua.—¿No tienes acaso bastante con la escoba?

»La otra, picada de la indirecta, y que quizás se reconocía culpable en el asunto, respondió que no entendía nada en escobas, no teniendo el honor de ser gitana ni ahijada de Satanás, pero que la Carmencita trabaría pronto conocimiento con un asno cuando el señor corregidor la sacase á paseo con dos lacayos detrás para espantarle las moscas.

»—¿Sí? ¡Pues yo voy á hacerte abrevaderos de moscas en la cara y á pintarte un jabeque!

»Y, sin encomendarse á Dios ni al diablo, ¡zis, zas!, empieza con la navaja con que cortaba las puntas de los cigarros á dibujarle cruces de San Andrés en el rostro.

»El caso era claro. Cogí á Carmen por el brazo y díjele cortésmente:

»—Paisana, hay que seguirme.

»Lanzóme una mirada como si me reconociera; pero con aire resignado dijo:

»—Vamos. ¿Dónde está mi mantilla?

»Púsose la en cruz, por manera que no enseñaba más que uno de sus grandes ojos, y siguió á mis dos hombres, mansa como un cordero. Llegada al cuerpo de guardia, el comandante dijo que el caso era grave y que había que llevarla á la cárcel. Yo debía ser también el que la condujese. Coloquéla entre dos dragones y marché detrás, como debe hacer en semejantes circunstancias el que es clase. Pusimos en camino para la ciudad. Primeramente había guardado silencio la gitana, pero en la calle de las Sierpes, que debe usted conocer mucho y que tiene bien merecido aquel nombre por las revueltas que hace, en la calle de las Sierpes comienza por dejar caer la mantilla á fin de mostrarme su palmito zalamero y, volviéndose hacia mí tanto como podía, me dice:

»—Señor oficial, ¿dónde me lleva usted?

»—A la cárcel, pobrecilla,—respondíle lo más cariñosamente que pude, como debe un buen soldado hablar á un preso, sobre todo si es mujer.

»—¡Ay! ¿Qué va á ser de mí? ¡Téngame usted lástima, señor oficial! ¡Es usted tan joven, tan galán!

»Después, en tono más bajo:

»—Déjeme usted escapar,—dijo,—y le daré á usted un pedazo de la *bar lachí* que le hará á usted querer de todas las mujeres.

»La *bar lachí* es la piedra imán con la cual pretenden las gitanas que pueden hacerse multitud de sortilegios cuando uno sabe servirse de ella. Hacedle beber á una mujer una pulgarada de polvos de esa piedra en un vaso de vino rancio y no resistirá. Yo le respondí lo más formalmente que pude:

»—No estamos aquí para decir sandeces. ¡A la cárcel! Es la consigna, y no hay más remedio.

»Tenemos nosotros, vascongados, un acento particular que nos hace reconocer fácilmente por las demás provincias, si bien no hay, en cambio, quien pueda solamente aprender á decir: *bai, jauna* (1). No tuvo Carmen, por lo tanto, gran dificultad en adivinar que venía yo de las provincias.

»Sabrá usted, señor, que los gitanos, como no son de ningún país y viajan siempre, hablan todas las lenguas y la mayor parte están como en su casa en Portugal, en Francia, en las provincias, en Cataluña, por todas partes: hasta de los moros y los ingleses se dejan entender. Carmen sabía bastante bien el vascuence.

»—*Laguna, ene bihotsarena*, camarada de mi corazón,—díjome de pronto,—¿sois de la tierra?

»—Nuestra lengua, señor, es tan hermosa, que cuando



la oímos en tierra extraña es cosa que nos hace estremecer.

»Quisiera tener un confesor provinciano», añadió más bajo el bandido.

Después de una pausa repuso:

—Soy de Elizondo,—respondíle en vascuence, muy conmovido al oír hablar mi lengua.

»—Yo soy de Echalar,—dijo ella. Es una tierra á cuatro leguas de la mía.—Fui llevada á Sevilla por unos gitanos. Yo trabajaba en la fábrica para ganar en que volverme á Navarra al lado de mi pobre madre, que no tenía más sostén que yo y un pequeño *barrachea* (2) con veinte manzanos de sidra. ¡Ah! ¡Si yo estuviese en el pueblo delante de la montaña blanca! Me han insultado porque como no soy de esta tierra de ladrones y vendedores de naranjas podridas, esas gorrondas se han puesto todas contra mí porque les he dicho que todos sus jaques de Sevilla con sus navajas no le darían miedo alguno á ningún muchacho de nuestra tierra con su boina azul y su *maquila*. Camarada, amigo: ¿no va usted á hacer nada por su paisana?

»Mentía, señor, ha mentado siempre. Yo no sé si en su vida dijo nunca aquella chica una palabra de verdad; pero cuando hablaba, yo me la creía: podía más que yo. Chapurreaba el vascuence y creía navarra, cuando claramente sus ojos, su boca y su tez decían que era gitana. Yo estaba loco y no paraba atención en nada. Pensaba

(1) Bai, señor.

(2) Cercado jardín.

que si hubiera habido quien dijese mal de mi tierra le hubiese yo cortado la cara, lo mismo que había hecho ella. Hallábame, en una palabra, como un hombre borracho, y empecé á decir necedades y estaba muy cerca de hacerlas.

»—Si yo os diese un empujón y cayeseis, paisano,—replicó ella en vascuence,—no serían esos dos quintos castellanos quienes me pararian los pies.

»A fe mía, olvidé la consigna, lo olvidé todo, y le dije:

»—Pues ¡ea, muchacha, paisanita, trote usted, y que la Virgen de la Montaña sea en su socorro!

En aquel momento pasábamos por delante de una de aquellas estrechas callejuelas como se ven tantas en Sevilla. De repente, Carmen se vuelve y me descarga un puñetazo en el pecho. Déjeme caer, adrede, de espaldas. De un brinco, salta por encima de mí y echa á correr mostrándonos un par de pantorrillas... Dicen que piernas de vascongado; pero las suyas valían harto más... tan listas como bien torneadas. Levántome al instante y pongo mi lanza de través, para atajar la calle, y tan bien lo hice que desde el primer momento quedaron detenidos los camaradas al aprestarse á perseguirla. Enseguida eché á correr yo también, y ellos tras de mí; pero ¡alcán-



zarla! no había cuidado, con nuestras espuelas, sables y lanzas. En menos tiempo del que tardo en contárselo á usted, había desaparecido ya la presa. Por otra parte, todas las comadres del barrio favorecían su fuga y se burlaban de nosotros y nos indicaban falsa vía. Después de muchas marchas y contramarchas hubo que volver al cuerpo de guardia sin el recibo del alcaide.

»Mis hombres, para librarse del castigo, dijeron que Carmen me había hablado en vizcaíno, y que no parecía natural que un puñetazo de una chiquilla como aquélla hubiese derribado tan fácilmente á un mocetón de mi fuerza. Todo esto parecía oscuro, ó por mejor decir demasiado claro. Al salir de guardia fui degradado y enviado á la cárcel por un mes. Era mi primer castigo desde que servía. ¡Adiós los galones de sargento primero que creía ya tener!

»Mis primeros días de cárcel pasáronse muy tristemente. Al sentar plaza habíame figurado que llegaría, cuando menos, á oficial. Longa, Mina, compatriotas míos, bien son capitanes generales; Chapalangarra que es negro como Mina, y que como él anda emigrado en su país de usted, Chapalangarra, era coronel, y he jugado veinte veces á pelota con su hermano, que era un pobre diablo como yo. Y decíame: para mí todo el tiempo que has ser-

vido sin mala nota es tiempo perdido. Héte aquí mal conceptuado y para volver de nuevo al aprecio de tus jefes te será menester trabajar diez veces más que cuando entraste de quinto. Y ¿por qué ese castigo? Por una bribona de gitana que se ha burlado de tí y que en este instante debe estar robando por algún rincón de la ciudad. Sin embargo, no podía dejar de pensar en ella. ¿Creeríalo usted, señor? Aquellas medias de seda agujereadas que me hizo ver hasta la liga cuando se dió á huir teníalas siempre ante los ojos. Miraba yo por los barrotes de la cárcel á la calle, y entre tantas mujeres como pasaban no veía ni una sola que valiese lo que aquel diablo de muchacha. Y después, á pesar mío, sentía la flor de acacia que me había echado y que, seca, conservaba aún su buen olor... Si hay brujas, aquella muchacha lo era.

»Un día entra el carcelero y me da un pan de Alcalá.

»—Tomad,—me dijo,—eso que os manda vuestra prima.

»Tomé el pan, muy asombrado, pues no tenía yo ninguna prima en Sevilla.

»—Quizás se á una equivocación,—pensé, mirando el pan; pero estaba tan apetitoso, oía tan bien, que sin inquietarme por saber de dónde venía y á quien estaba destinado resolví comerlo. Al querer cortarlo encontré mi cuchillo una cosa dura. Miro y me encuentro con una pequeña lima inglesa que habían introducido en la pasta antes de que estuviese cocido. Había además en el pan una moneda de oro de dos duros. No había duda entonces: era un regalo de Carmen. Para la gente de su raza, la libertad es el todo, y pegarían fuego á una ciudad para evitarse un día de cárcel. Por otra parte, la comadre era ladina, y con aquel pan se burlaba de los carceleros. Al cabo de una hora el barrote más grueso podía quedar aserrado con la limita, y luego con la moneda de dos duros cambiaba yo en casa del primer ropavejero mi casaca de uniforme por un traje de paisano. Ya puede usted figurarse que un hombre que había ido muchas veces á saquear nidos de aguiluchos en nuestras rocas no tendría gran dificultad para descolgarse á la calle desde una ventana apenas alta de treinta pies; pero yo no quería escaparme. Conservaba todavía mi honor de soldado y parecíame gran crimen desertar. Con todo, me afectó mucho aquella señal de recuerdo. Cuando se está en la cárcel gústase de pensar que se tiene fuera un amigo que se interesa por uno. La moneda de oro me ofuscaba un poco y hubiera querido devolverla; pero ¿dónde encontrar á mi acreedora? Eso no me parecía fácil.

»Después de la ceremonia de la degradación creía no tener ya nada más que sufrir, y, sin embargo, quedábame todavía para devorar una cruel humillación: fué esto á mi salida de la cárcel, cuando al entrar de servicio me pusieron de centinela como soldado raso. No puede usted figurarse lo que en semejante caso le pasa á un hombre de corazón. Creo que hubiera preferido mejor me fusilasen. A lo menos se marcha á solas, delante del pelotón; se siente algo, la gente le mira á uno.

»Fuí puesto de centinela á la puerta del coronel. Era un joven rico, buen muchacho, que gustaba de divertirse. Todos los oficiales jóvenes iban á su casa, y muchos paisanos y mujeres también, cómicas, á lo que decían. Por lo que á mí hace, parecíame que toda la ciudad se había dado cita á su puerta para mirarme. Llega en esto el coche del coronel, con el lacayo en el pescante... y ¿á quién veo bajar? ¡La gitanilla! Iba compuesta esta vez, como un relicario, engalanada, emperojada, toda oro y toda cintas.

(Se continuará.)



DE TODO UN POCO

EPIGRAMAS

—A mi marido le asombra
que alguna vez quiero ir yo
á los toros, sola, y no
me deja ni á sol ni á sombra.

Una señora decía
de su hijo en un banquete:
—Mi niño come de todo,
pues sino le pongo verde.

Hace ya catorce años
un músico dió palabra,
de no tardar cinco días
en escribir una marcha.
Hoy, al cabo de ese tiempo

que pasó sin hacer nada;
hoy que tiene decidido
el ir á vivir á Francia
á los amigos ha dicho
que va á preparar la marcha.

LOS DOS ESPEJOS

DOLORA

En el cristal de un espejo
á los cuarenta me ví,
y hallándome feo y viejo,
de rabia el cristal rompí.

Del alma en la transparencia
mi rostro entonces miré,
y tal me ví en la conciencia,
que el corazón me rasgué.

Y es que, perdiendo el mortal
la fe, juventud y amor,
se mira al espejo, y... ¡mal!
se ve en el alma, y... ¡peor!

Sembrar, de coger es traza,
pero á veces suele en vano
sembrar uno mucho grano,
y coge una calabaza.

MADRID.—Encargado de la
venta: José Lerin, Aba-
da, 22.

VALENCIA.—Vicente Pas-
tor. Victoria, 11, principal.

Correspondencia: Apartado de Correos, 88

BIBLIOTECA ROSA

La comedianta, por Paul de Molenes.
Drama de amor, por Federico Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero
Merimee.
Pecados de la juventud, por V. Perceval.
Un drama sangriento (2 tomos), por L.
Jacollot.
La justiciera de sí misma, por Carlos
Barbará.
Teresita (ilustrada), por Julio Ruiz
Montero.
El capitán Burle, por Emilio Zola.
Las sendas de Dios, por B. Bjornson.
El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulin, por Emilio Zola.
El sillon fatal, por Pedro Newsky.
Un crimen infame, por Enrique Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Sidonic y Mederico, por Emilio Zola.
La ple de león, por Carlos de Bernard,
El amor de una muerta, por Aureliano
Scholl.
La voluntad de una muerta, por Emilio
Zola.
El fin de Luella Pellegrin, por Paul Alexis.
Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.
El secreto del cadalso, por Villiers de
L'Isle-Adam.
Sin trabajo, por Emilio Zola.
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada),
por Paul de Molenes.
El maestro de escuela, por Federico Sou-
lié.
La inocencia de un presidiario, por Carlos
de Bernard.
La venganza de Koslah, por Reinaldo
Trevelyan.
Diario de una mujer, por Octavie Feu-
illet.
Un sueño de amor, por Federico Soulié.
La mujer de cuarenta años, por Carlos
Bernard.
La joven de los ojos de oro, por H. de
Balzac.
La herencia de un cómicoo, por Ponson du
Terrail.

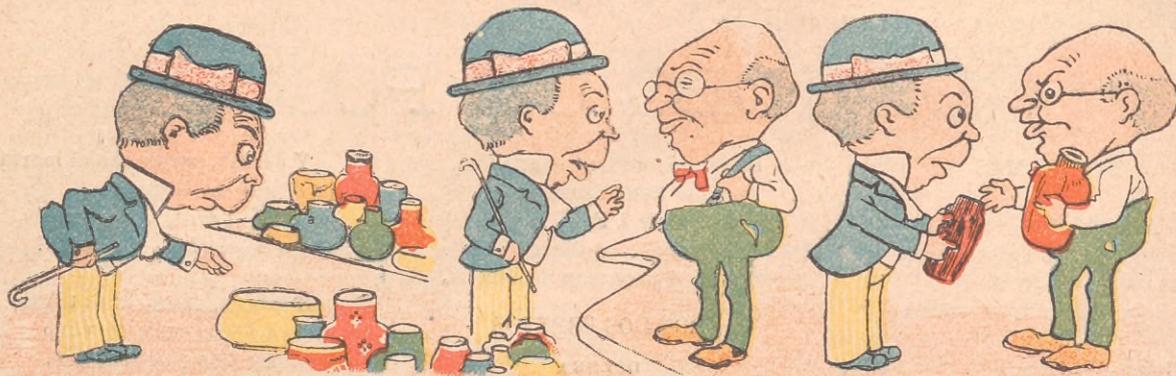
BIBLIOTECA AZUL

El tesoro del pirata, por Roberto Luis
Stevenson, con preciosos grabados.
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos
Barbará.

Magdalena la Mendiga, por Luis Jaco-
lliot.
Bajo un disfraz, por Jorge Smith.
El crimen del Molino de Usor, por Luis
Jacollot.
Orso, por Enrique Syenkiewicz.
El Hijo Maldito, por Honorate de Bal-
zac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenie
Houssaye.
La necesidad del crimen, por Julio Pe-
rrin.
Una orgía de sangre, por Aureliano
Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique
Syenkiewicz.
El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Solos, por Pedro Zaccane.
La Salamandra, por Eugenio Saú.
El crimen de Juan Malory, por Ernesto
Daudet.
La reina Mab, por Guillermo Holiday.
El novio de la señorita Saint-Maur, por
Victor Cherbuliez.

Para pedidos, dirigirse á la Admi-
nistración de estas Bibliotecas: Plaza
de Tetuán, 26, Barcelona.

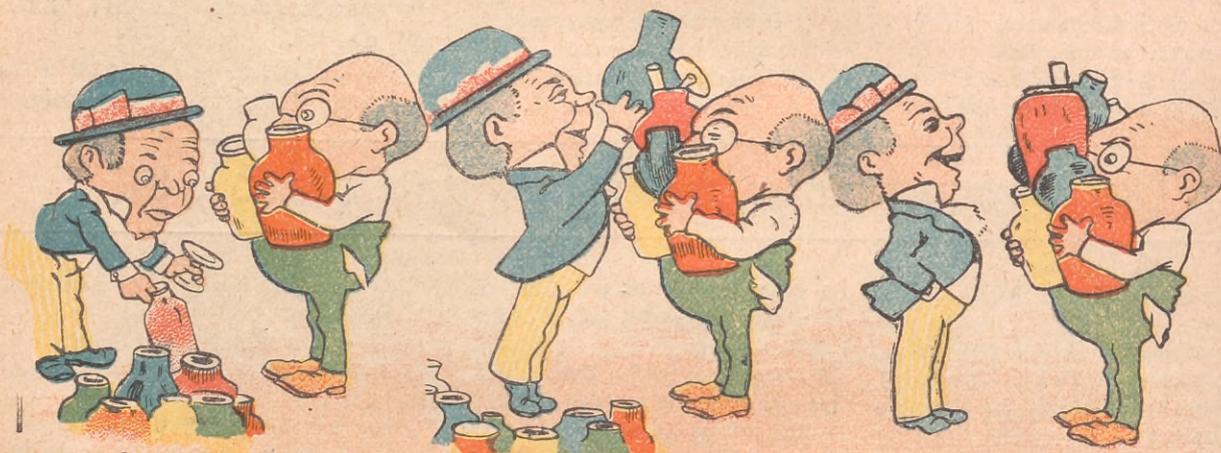
UN COMERCIANTE CARGADO, FURIOSO Y TIMADO



—¡Oh! ¡qué magnificas porcelanas!

¿Es usted el dueño? Le felicito á usted, son del mejor gusto.

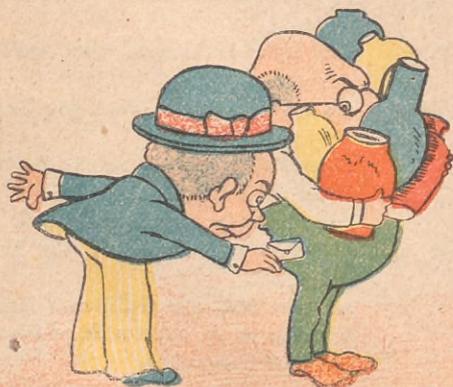
—Me quedaré esta, [esta] otra,



...me quedo con esta copa y ese bonito florero,

...y doy remate con esa magnífica anfora,

... pasemos á cosa más seria: ¿tiene usted cambio de 500 pesetas?



—Como usted comprenderá, no me es posible, pero si es usted tan amable de sacar la cartera de mi bolsillo,



¡ !